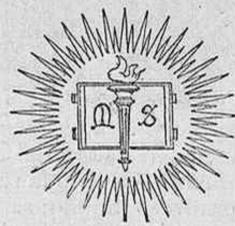


La Ilustración

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1905 →

Núm. 1.247

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Alemania.—Berlín. El burgomaestre y el Consejo municipal saludando al rey en la plaza de París. (De fotografía.)



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La heroína*, por Sebastián Gomila. — *Monumento á Gladstone*. — *Los sucesos de Rusia*, por R. — *SS. AA. la infanta doña María Teresa y el infante D. Fernando de Baviera*. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Alemania*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La cadena*, novela de Gustavo Hué, con ilustraciones de Simoni. — *El jiu-jitsu y la policía de París*, por S. — Libros.

Grabados.—*Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Alemania*. Berlín. *El burgomaestre y el Consejo municipal saludando al rey en la plaza de París*. *La colonia española dirigiéndose á recibir á D. Alfonso*. Paso de la regia comitiva por la avenida «*Unter den Linden*». — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo «*La heroína*». — *San Petersburgo*. *La policía sorprendiendo un comité secreto de agitadores huelguistas*, dibujo de H. H. Flere. *Los estudiantes izando en el edificio de la Universidad la bandera roja con motivo de la publicación del manifiesto imperial de 30 de octubre último*. *La policía parlamentando con los amotinados en la Perspectiva Newsky*. *La multitud revolucionaria*. *Barricada tomada por las tropas*. — *Estatua de Gladstone que corona el monumento inaugurado el día 4 de los corrientes en Londres*, obra de Hamo Thornycroft. *Vista de conjunto del monumento*. — *¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!*, tríptico de Alejandro D. Goltz. — *SS. MM. D.^a María Cristina y don Alfonso XIII y SS. AA. la infanta D.^a María Teresa y don Fernando de Baviera*. — *El jiu-jitsu en París*. *El profesor Re-Nié dando lecciones de jiu-jitsu á varios agentes de policía* (dos grabados). — *Bruselas*. *Arco de triunfo recientemente inaugurado en conmemoración del 75.º aniversario de la independencia de Bélgica*. — *París*. *La fiesta de la Mutualidad*. *Banquete monstruo de 50.000 cubiertos celebrado en la Galería de Máquinas en honor de M. Loubet*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las últimas noticias de trascendencia de «la vida contemporánea» vienen de una costa—si no precisamente inexplorada, nunca bien estudiada en sus asechanzas y peligros—que aquí conocemos con el sugestivo y dramático nombre de *Costa de la Muerte*.

Traidores bajíos y acantilados recios; bancos de arena que encubren escollos formidables; súbitos precipicios y no sospechadas emergencias; rocas que muerden, que destripan brutalmente las embarcaciones; enseñadas caprichosas, que parecen recortadas por juguetera tijera de niño; cabos tan atrevidos como el de Finisterre, semejante á luenga garra de monstruo extendida para asir las olas..., eso es la fúnebre costa que acaba de tragarse, en menos de una hora, quince millones de pesetas, devorando uno de los contados barcos de guerra presentables que poseía la malhadada España.

* *

La escuadra se encontraba fondeada en la ría de Muros. ¡Oh! Una escuadra muy reducida, muy modesta, la pequeña escuadra que confiesa con lisura que nuestro poder marítimo, si algún día fué efectivo, es hoy sueño de sueños... Entre esa escuadra, último residuo de tantas aspiraciones, tantas empresas y tantas leyendas históricas, figuraba el *Cardenal Cisneros*, bonito crucero, no comparable á los terribles grandes acorazados modernos, pero, así y todo, hermoso barco de combate. Al salir de la ría, separóse el *Cisneros* del resto de la escuadra. Se dirigía al Ferrol, á desembarcar gente de marinería, que en diciembre daba por cumplido su servicio. En alta mar, el crucero haría ejercicios de tiro de cañón. El resto de la escuadra continuaba á Vigo.

En Muros había sido acogida la escuadra con el regocijo que siempre determina la llegada de buques de guerra á los pueblecitos de la costa. La escuadra compra víveres y paga generosamente; oficiales y marinería animan con su presencia las calles, son tal vez el amor, seguramente la alegría que pasa. La banda de música de la escuadra alborozaba los paseos; visitar los barcos es una partida de placer, que las familias se permiten y con la cual sueñan las jóvenes. A bordo los visitantes son acogidos con la más exquisita cortesía y las más galantes atenciones; porque yo no sé á qué atribuirlo, pero es lo cierto que nuestros oficiales de marina, en este particular, superan á los del resto del mundo, extreman como nadie la grave y delicada urbanidad, cuya tradición, entre ellos, no se pierde. El Ayuntamiento de Muros, pues, no quiso quedarse atrás, y ofreció un *lunch* á los marinos de la escuadra. Los barcos encendieron sus magníficos reflectores y proyectaron sobre la bahía fantásticos rieles luminosos. Fueron, en suma, un día y una noche de fiesta, de cordialidad, de

goce; y cuando los barcos, á la mañana siguiente—una mañana radiante y tranquila,—zarparon del puercecillo, el Ayuntamiento en corporación y mucha gente sin cargo, fletando un vaporcito, acompañaron á la escuadra hasta mar adentro, agitando pañuelos, trocando saludos, despedidas y votos por el próspero, felicísimo viaje.

* *

¿Cómo temer nada, en efecto? En el mar, se teme cuando el viento muge furioso, cuando las olas, gigantescas, verdes, encrestadas de espuma, suben á desafiar al firmamento, cuando la resaca entona las estrofas de su pavoroso himno; se teme cuando la noche aumenta la tristeza de las largas travesías, cuando el rayo desgarrá lívido la nube, cuando la neblina gris, densa, confunde y borra los términos del horizonte; pero á las horas claras y frescas de la mañana, con la mar tendida como tapete azul, el cielo despejado y limpio, la costa visible y recortada por el ligero espumamarajo que la bate..., ¿qué recelo puede existir? No cabe augurar sino lo más grato, la navegación riente, favorecida por los dioses, cuya benigna señal aplaca el Ponto y encierra en la caverna eoliana los vientos irritados.

* *

Muy pocas horas después, al mismo puertecito de Muros, cuyas hijas son en Galicia por su belleza famosas, comenzaban á arribar pálidos naufragos medio desnudos, con el terror todavía pintado en el semblante. Eran aquellos que ayer charlaban, cortejaban, fraternizaban; eran los salvados al hundirse el crucero, sepultado para siempre en los bajíos de *Meixidos*, uno de esos lugares malditos donde la muerte acecha más cuidadosa. Un vapor remolcaba lanchas y botes atestados de naufragos, y la noticia corría: el barco, total é irremisiblemente perdido; la tripulación, intacta, sin que faltase un solo hombre de los quinientos veintidós que componían la dotación del *Cisneros*.

* *

Del mal el menos..., pero aun así, el daño es espantoso. Y la gente se pregunta: ¿es que nos persigue un sino fatal? La niebla ha costado á Inglaterra, en estos mismos lugares, buques y vidas; pero la niebla, la cerrazón, la tormenta, pueden explicar el siniestro. Aquí no había sino luz y calma. ¿Se ignoraba la existencia de ese bajío? No se ignoraba, no podía ignorarse, afirman los diarios locales de la capital de Galicia, que han enviado sus corresponsales *ad hoc*, desde los primeros instantes, en busca de información amplia y concreta. Aunque los bajíos de *Meixidos* no estén marcados en las cartas hidrográficas con rigurosa exactitud y precisión, aunque éstas no determinen la longitud de la restinga, sábese de cierto que allí está el peligro embozado, enmascarado, más insidioso por lo mismo, y si los patrones de lanchas pescadoras de escaso calado lo conocen y lo evitan, con más razón debe evitarse en el rumbo de un buque de gran calado, de un crucero como el *Cisneros*.

Esto encuentro en la prensa, y una gran melancolía cae sobre mi espíritu... Las versiones recogidas por el diario *La voz de Galicia* son para contristar el ánimo, apocado ya por tantas y tan continuas tribulaciones nacionales. Según estas versiones, que ojalá se desmintan, el *Cisneros* fué á Muros sin objeto, puesto que no iba á seguir hacia el Mediterráneo como los demás buques de la escuadra; y teniendo que volver al Ferrol seguidamente á repararse, tomó en la capital del Departamento mil toneladas de carbón, que hubiese necesitado descargar de nuevo al entrar en dique. Habiendo de estar en el Ferrol dos meses reparándose, no urgía aprovisionarse tanto de combustible, el cual ha venido á aumentar la pérdida originada por el siniestro. Esto, al pie de la letra casi, dice el diario local. Y añade que los pescadores de la costa hicieron al crucero reiteradas señales para que no se aproximase á la fatal restinga, y únicamente se tranquilizaron creyendo que iba á bordo el práctico mayor, conocedor de la costa. El práctico no iba, y el crucero, con su tripulación entregada apaciblemente á operaciones de baldeo y limpieza, filaba con gallarda marcha y rapidez hacia el abismo...

* *

Sin que nunca se haya podido averiguar ni el más mínimo detalle acerca de cómo fué; sin que ni un resto, ni un despojo, ni una tabla, ni un cadáver de

tal procedencia hayan sido escupidos por el mar; con todo lo trágico del misterio y todo lo sombrío del silencio, perdimos el *Reina Regente*, un pedazo de España, del cual no ha vuelto á tenerse la menor noticia. Y ahora, sin explicación, de una manera insípida, absurda, perdemos ese crucero, el *Cisneros*, y con él las últimas chispas de ilusiones, aspiraciones y anhelos que en algunas almas, por desgracia pocas, son, acaso á un mismo tiempo, quiméricas é indestructibles.

* *

Los jefes del *Cisneros*, la prensa nos lo dice también, figuran entre lo más lucido y calificado de la Armada española. El capitán, D. Manuel Díaz Iglesias, lleva cuarenta años de servicio, y la mayor parte en el mar, en largas navegaciones. Acaba de ser jefe de la Comisión naval de España en Londres. El segundo de á bordo fué segundo jefe de la comisión hidrográfica del *Urania*, encargada de rectificar las cartas marítimas haciendo constar en ellas bajos, escollos, sondajes... Toda la oficialidad del desventurado crucero se nos presenta revestida del prestigio y la respetabilidad que dan los años, los servicios, la práctica... Al reconocerlo, no se amengua la pena sentida por el desastre, antes parece que se aumenta con la contrariedad de lo injustificado, de lo que semeja mueca del destino, encarnizamiento de la mala sombra de nuestro país.

* *

Todas las naciones pierden barcos; pero se preocupan infinito, como importaría preocuparnos aquí, de disminuir las contingencias y de prevenir los casos en que tan dolorosos sucesos pueden acaecer. Ahora nos están aperciendo con buenos modos, y muy perentoriamente, Inglaterra y Alemania, para que guarnecemos nuestras costas de faros, de señales luminosas, de abalizamientos, cosa que, en primer término y por un orden natural, nos conviene á nosotros mismos; y la realizaremos, si se realiza, merced á estímulos extraños. La imprevisión, el descuido, cierta indiferencia ante el peligro propio, son cosas muy características de nuestro modo de ser. Y no falta quien, apelando á una filosofía propia del ilustre y venturoso doctor Pangloss, sostenga que en el fondo así nos va muy bien. Porque nos libertamos de infinitas ansias y cavilaciones, y á la hora de dar cuenta de nuestros actos al Criador, ¡pch!, todos iguales, los que se han desvelado y los que se han dormido...

Al fin la vida se acaba, todo es vanidad de vanidades, y el caso es tomar el dulce sol, sentarse en un banco á ver pasar la gente, y si acaso, entrar en el café á discutir amigablemente, entre el humo del tabaco...

* *

Una nota consoladora es el comportamiento acertado, la singular presencia de ánimo de los dos maquinistas. Su maniobra, en el momento supremo, salvó las vidas de los tripulantes. Si no da pronta salida al vapor, y no cierra los compartimientos estancos, retrasando así la convulsión de agonía del buque, permitiendo organizar el salvamento, el *Cisneros* se hubiese colado en un abrir y cerrar de ojos, tal fué de horrible y hondo el desgarrón abierto en sus entrañas por la garra feroz de la roca, la *uña* de hierro del escollo...

Dos hombres dueños de sí ante el caso tremendo é inesperado; dos individuos que, envueltos en llamaradas, cegados, ensordecidos, no vacilan, no tardan en cumplir órdenes ó en tomar iniciativas..., bastó para que no haya llanto y duelo en los hogares, para que las proporciones del desastre sean muy distintas de lo que pudieron ser... Lección elocuente, y de seguro desaprovechada por nuestra inercia y nuestro escepticismo, que nos hace dudar hasta de lo más alto que existe en lo humano, la voluntad heroica, de la cual todos somos capaces, el cumplimiento del deber sin desfallecimiento de un minuto, que á todos obliga...

* *

Esos maquinistas—si son ciertos los relatos que testifican de su loable conducta—merecen, no cruces, ya sabemos cómo y por qué se dan, ni ninguna otra recompensa de las que vemos prodigadas con verdadero desconcierto..., sino una distinción muy rara: merecen ser *españoles*... de aquellos de antaño.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Cayó á pocos pasos ya sin fuerzas

LA HEROÍNA, POR SEBASTIÁN GOMILA

Vivió con su padre, el guardaagujas, acostumbrada al silencio, en aquel pico solitario, sólo interrumpido por el paso veloz de los trenes. Era lo que se dice un capullo. Tenía ocho años; á los cinco había quedado sin madre. Por palacio, la caseta sencilla, con ajuar modesto. Pero la humildad del nido no quitaba para la majestad solemne de aquella extensión soberbia, dominando unos horizontes admirables y unas lejanías preciosas.

¡Qué listeza la de aquella rapaza!.. Encanto de su padre, constituía para él toda la felicidad del mundo; era, á la par que hija, su confidente, casi el único ser con quien compartía regocijos ó sinsabores, lo que fuese. De esa intimidad y de esa frecuentación escasa provenía el asomo de formalidad en la niña, acostumbrada á las pláticas de cierto tono ajuciado y serrote, y hecha al conocimiento del quehacer más de lo que podía esperarse de sus primaveras. ¡Cuántas veces, á la hora precisa, al cruzar un convoy, se la podía ver banderola en ristre haciendo las veces del autor de sus días, quien la miraba embobado y pagaba la substitución beso tras beso, que servían de estímulo!

A un kilómetro, todo lo más, de la casona, la vía se iba en pendiente y curva por el flanco de la montaña, descendiendo hacia el valle y salvando una enorme cortadura por un puente de hierro de altos pilares que era una maravilla de construcción. Aquella distancia la había recorrido la chica infinidad de veces; era su paseo, su distracción única. Desde el sitio donde se iniciaba la curva al comenzar la vertiente, descubriase un hermoso panorama. En lo hondo y como trepando por la falda de un montículo, veíase un caserío, nota blancuzca en medio de un sombrero; la corriente de un río, reflectada por el sol, parecía una enorme lombriz luminosa; la cordillera, enfrente, prolongábase allá y allá, cima tras cima, como unión de titanes, hombro con hombro, poniendo al valle formidable cerco.

Claro que allí, en aquella altura, no había de faltar oxígeno; claro que el punto, agreste por demás, era para mantener lozanías. La niña iba creciendo

fuerte, bizarra; y el temple de alma correspondía al vigor físico.

Confianza, tal tenía en ella el buen hombre, que alguna siesta se permitió fiando á aquel retoño y un fiel perrazo á su vera la guarda de la casuca y hasta el cumplimiento del deber sagrado. No había miedo de que se descuidase, ni temor de verla jamás medrosa. El ruido del vendaval, que allí solía soplar fuerte, no la alteraba pizca; la voz del trueno percutiendo en la altura, no la quitaba el sueño; el frío de la nevasca, que solía avvicindarse en el contorno, no conseguía entumecerla... Descalza anduvo por entre copos como por entre guijos, y casi á placer renunciaba al calzado; no sin pugna con su padre, en quien peleaban el orgullo con el cariño y la satisfacción con la ternura.

La pareja de la Guardia Civil de servicio en el término conocía la y tratábala con admiración. Aquellos individuos me contaron el hecho, verdaderamente heroico. ¿Qué fué y cómo fué?.. Veré de referirlo. Y creed que nunca será en forma digna y apropiada al caso.

Se había levantado furioso temporal aquella noche. Caminos y atajos eran torrenteras; la vía estaba hecha un lago. La verdad es que aquel desate de furias fué tan de órdago, que el dormir era punto menos que imposible. Al cesar el estrago y amainar la lluvia, miráronse la niña y el guarda expresivamente. El propio can, que estuvo enroscado en un rincón, levantó el hocico y terció en el cruce de miradas. Poco habían de hablar para entenderse aquellos seres. El guarda encendió dos faroles y los dejó encima de la tosca mesa á punto. El tren-correo cruzaba por allí á las cuatro; faltaba hora y media. El hombre estiró los brazos como desperezándose y abrió el portalón, por donde pasó lo primero el perro. La niña quedó atrás con el farol cogido.

El primer vistazo fué hacia arriba. Continuaba la lóbreguez, con espesas brumas, aunque apuntando la tendencia á clarear. A lo lejos serpenteaba toda-

vía el rayo siniestramente, y unos vozarrones enormes resonaban distantes, como de fiera enjaulada, rebelde en su encierro.

—Llégate hasta el puente, dijo el hombre. Haz que el perro *avanguarda*.

Y echaron sin más á andar, por lados distintos, con una sola mira.

Los que atalayan al monte ó lo columbran con la fantasía, no saben que en la soledad hay grandes abnegaciones, ignorados poemas, estupendos arranques... A miles son los que ignoran gallardías y arrostos, grandezas y heroísmos que sólo aprecia y juzga lo alto. Los ayes no llegan á la multitud, las acciones no ofrecen relumbrón. Fué en el monte la plegaria excelsa del Crucificado; fué en la cumbre la magnífica prédica del Rey de Reyes; fué en la cima el inmenso sacrificio, la tragedia redentora del mundo...

La niña andaba, andaba, precedida del can. Llegó caladita á la cortadura próxima, miró y se detuvo de pronto asordada por un gran estrépito. El puente de hierro se acababa de hundir por el último tramo de la parte opuesta. Sin duda la fuerte riada había conmovido la base filtrando el terreno...

Fuó un minuto de horror y un segundo sublime, un fiero topetón y una luminosa idea. Levantó el farol en alto y atisbó el hundimiento. El perro ladró y buscó la mirada de la pequeña. Avezados á comprenderse, fué rápido el acuerdo: volver grupas, y á paso de carga... No corrían, volaban, como quien dice. El animal, en la rápida carrera, siempre delantero, volvíase de vez en cuando, como si quisiese infundir alientos á la muchacha...

Y corrieron, corrieron, hasta desandar lo andado en pocos minutos.

Estar en la caseta otra vez y empezar la indecisión, fué todo uno. El padre se había ido vía abajo, con seguridad lejos, muy lejos, con el farol de señales... ¿Seguirle?.. ¿Llamarle?.. El perro inició el *¡guau guau!* con tenaz porfía; la niña llamó á gritos un si es no es temblona. ¡Era, acaso, la primera vez que temblaba en su vida!

Vía abajo, vía abajo fueron, por camino cada vez más difícil, con riesgo cada vez mayor, pues donde no corría el agua, se había agrietado el terreno, siendo la vereda expuesta y el centro un engorro. La niña iba amohinada; e iba husmeando firme y multiplicando los ladridos... ¿Se habría llegado hasta la estación próxima, distante seis kilómetros?... No podía ser. Ni la dejara sola tanto tiempo, ni lo había para retrasar el aviso de la inminente catástrofe...

Por fin, en una cuneta, bajo una trinchera, el guardaaguas apareció tendido. El perro guió á la pequeña con aullido extraño; la niña tentó el cuerpo de su padre valerosamente. Este volvió en sí y abrió los ojos; pero sin poderse valer. Había resbalado y caído dando tumbos... El farol había ido á parar á un precipicio.

La hija luchó entre un deber y otro. Desde luego creyó que el magullamiento de su madre no sería mortal, y aquel accidente fué acicate. Había que socorrerle, y había que prevenir otro accidente

más terrible. Dentro de treinta minutos llegaría el correo. Esta idea tremenda borró acaso otro pensamiento angustioso. La niña echó á correr doble que antes, vía abajo, vía abajo... El perro quedó allí, lamiendo á su amo, arriándosele, como queriendo instintivamente infundirle aliento y calor...

* *

Del rasgo se hicieron cruces los que lo presenciaron.

Apenas apuntaba pálidamente el día, funcionaba el telégrafo en la estación, iban y venían los empleados. Al tren correo se le veía avanzar culebreando por el flanco de una loma, con fiero trajín á veces,

siosos sin duda; tal vez mentes soñadoras... Unos rememoraban quizás antiguas delicias; otros iban acaso en busca de regazo amante; algunos, quién sabe si empezaban una odisea, cara al porvenir, fiando en la fortuna... ¡Y pensar que llegarían á lo alto, salvarían la cuesta, descenderían otra vez..., y al llegar á la cortadura, en algunos minutos, á punta de alba apenas, precipitaríanse en el abismo sin remisión!..

Se había dado el primer toque de campana cuando la niña heroica llegaba jadeante, agitando los brazos, siendo vista por el jefe de estación... La campana no dió el repique, el tren permaneció parado. Aquello fué como si surgiese de improviso un ángel, un ser alado... No llegó al andén, cayó á pocos pasos ya sin fuerzas. Tuvo apenas tiempo para pronunciar estas palabras:

—¡El puente... roto!

Su nombre, no supieron decírmelo. Sé que fué recompensada la heroína. Hace de esto algunos años. ¿Será feliz? ¡Dios lo quiera!..

Yo no establezco parangón entre esa hazaña y las de otros grandes adalides. Pero al cruzar en tren por aquel lugar famoso, recordé y medité profundamente. En el poblado no supieron darme razón tampoco. ¡Con qué placer estamparía yo su nombre!.. Con más satisfacción que el de un conquistador cualquiera.

¿No habrá en la gloria perpetuo galardón para los héroes anónimos?

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



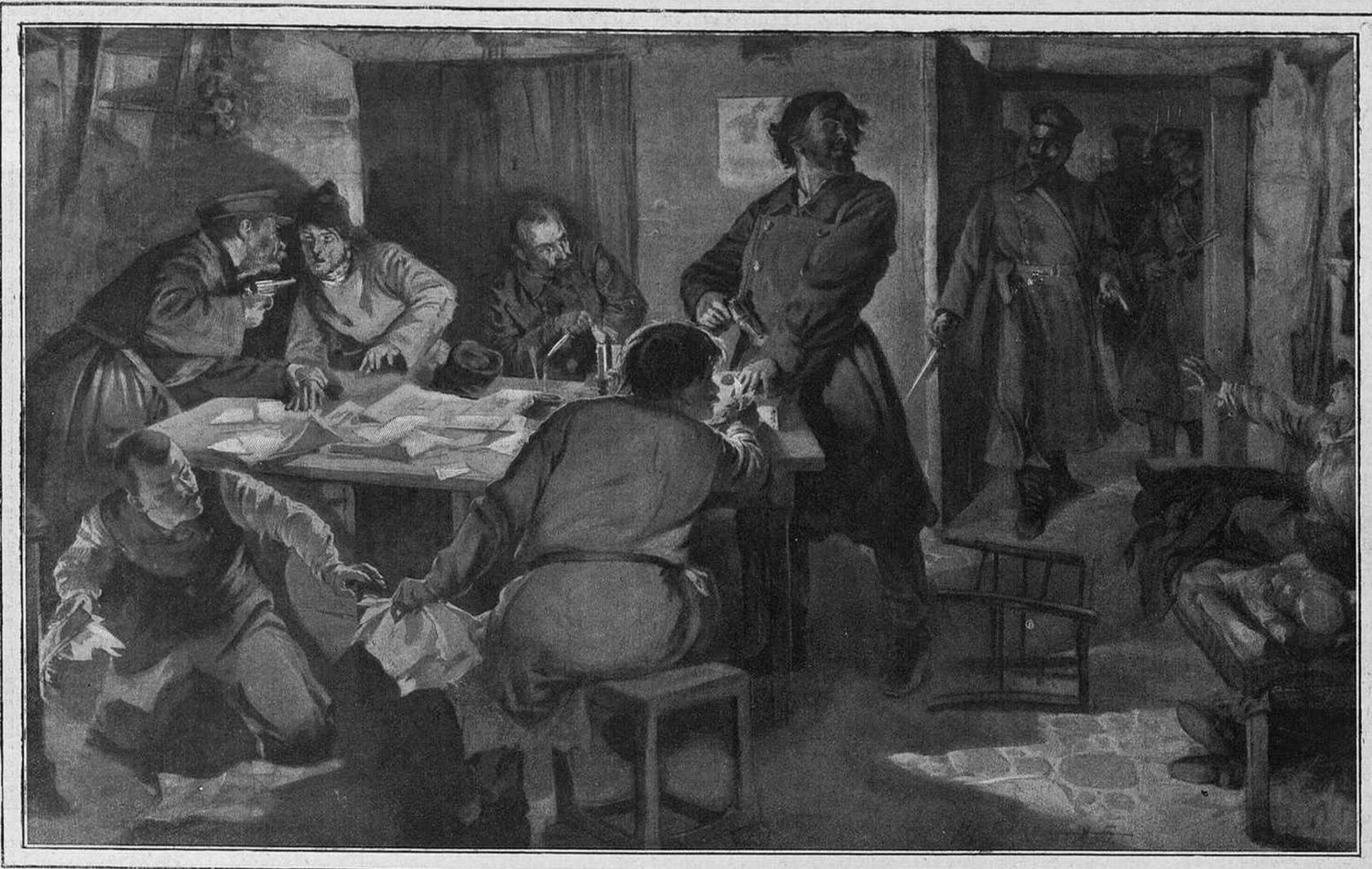
VIAJE DE S. M. D. ALFONSO XIII Á ALEMANIA. — EN BERLÍN. LA COLONIA ESPAÑOLA DIRIGIÉNDOSE Á RECIBIR Á D. ALFONSO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

percibiéndose con breves intermitencias la especie de resuello de fiera enclada, que ora extinguían los ecos, ora lo agrandaban... Al fin surgió á corto trecho, de frente y con brío, mesurando poco á poco la marcha. Entró en agujas, y hubo unos momentos de tráfigo. Se detenía apenas un minuto, el tiempo preciso para tomar agua la máquina; y embestiría aquella cuesta empinada, arriba, arriba, describiendo eses inmensas, con nuevo ardor y más frecuentes resoplidos...

Conducía á muchos seres felices, corazones an-

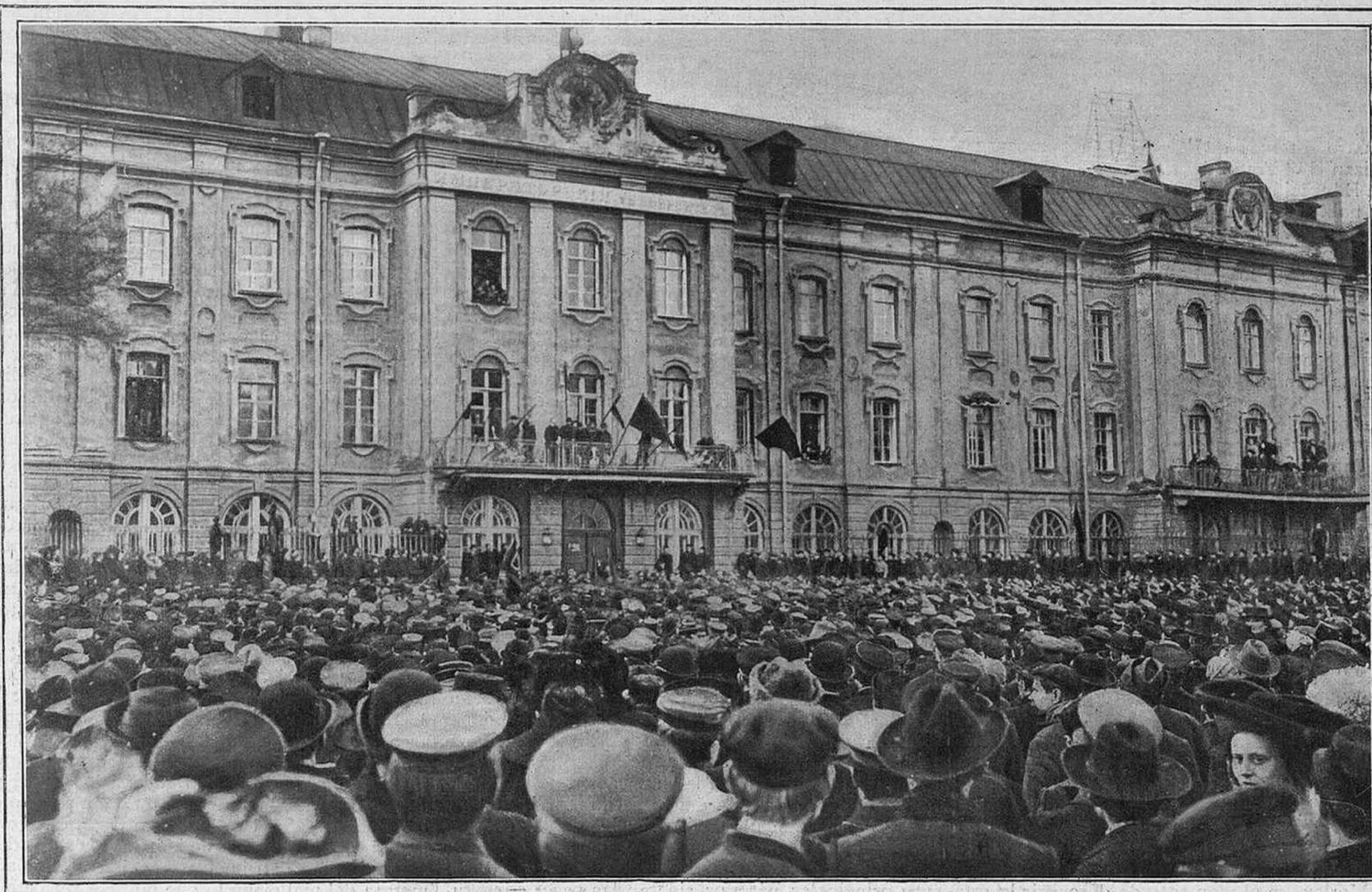


VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ALEMANIA. — EN BERLÍN. PASO DE LA REGIA COMITIVA POR LA AVENIDA «UNTER DEN LINDEN.» (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



SAN PETERSBURGO. — LA POLICÍA SORPRENDIENDO UN COMITÉ SECRETO DE AGITADORES HUELGUISTAS. Dibujo de H. H. Flere

En los últimos días que precedieron a la publicación del manifiesto liberal del tsar y al nombramiento de Wite como primer ministro, reinó un régimen de terror en toda Rusia y especialmente en San Petersburgo, en donde el gobernador general Trepoff dió á sus tropas las órdenes más severas, casi diríamos más sanguinarias, para reprimir el más pequeño desorden. Los huelguistas, causantes del movimiento revolucionario, fueron perseguidos como fieras y algunos de sus comités secretos sorprendidos por la policía y duramente castigados. El dibujo de Flere que reproducimos, representa con todo el vigor de la realidad una de estas sorpresas, llevada á cabo en un miserable zaquizamí en donde uno de aquellos comités celebraba sus conciliábulos.



SAN PETERSBURGO. — LOS ESTUDIANTES IZANDO EN EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD LA BANDERA ROJA CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DEL MANIFIESTO IMPERIAL DE 30 DE OCTUBRE ÚLTIMO. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Apenas conocido en San Petersburgo el manifiesto del tsar de 30 de octubre último, en que se decretan grandes reformas liberales para el imperio ruso, formóse delante de la Universidad, en cuyos balcones ondeaban varias banderas rojas, un gran grupo de delegados del partido socialista obrero. Juntáronse á ellos los estudiantes y organizaron una numerosa manifestación que recorrió las principales calles de la capital entonando cantos revolucionarios, y de la que formaban parte pobres y ricos, estudiantes y obreros, sacerdotes y gentes de las clases más humildes. El anterior grabado reproduce el momento en que la multitud escucha las arengas que desde el balcón central pronuncian varios estudiantes, mientras uno de éstos enarbolaba la bandera roja en la cruz que corona el edificio universitario.

MONUMENTO A GLADSTONE

El día 4 de los corrientes inauguróse sólememente en Londres el monumento erigido á la memoria del eminente hombre de Estado Guillermo Eduardo Gladstone, monumento por medio del cual Inglaterra expresa su admiración y su gratitud hacia el estadista que más que ningún otro contribuyó en el último tercio del pasado siglo á democratizar su constitución: Gladstone fué, en efecto, quien completó la reforma del Parlamento de 1867, quien instituyó en 1871 el sufragio secreto para las elecciones parlamentarias y quien con su bill de reforma de 1884 unificó el censo entre los condados y los burgos y extendió los beneficios de esta reforma á Irlanda.

Sobre un alto pedestal de piedra de Portland, de estilo Renacimiento, alza-se la estatua del «gran anciano», de tamaño mayor que el natural, vestido con la toga de canciller del Tesoro, cargo que desempeñó varias veces con aplauso de la nación entera. La noble figura, con su actitud majestuosa y su rostro expresivo de profunda é inteligente mirada, produce una impresión de algo viviente y caracteriza por modo admirable el modo de ser de aquella personalidad ilustre que defendió siempre con toda su alma la causa de los oprimidos y que arrojó todas las contradicciones, todas las persecuciones con ánimo sereno y con el valor que da á los grandes hombres el convencimiento de la justicia de la obra por la cual se sacrifican.

En los cuatro ángulos del pedestal, que lleva sólo esta inscripción: «Gladstone-1809-1898», hay cuatro estatuas que simbolizan la Fraternidad, la Educación, el Esfuerzo noble y el Valor moral. Entre una y otra estatua, unas planchas de bronce contienen los escudos de los condados y de las ciudades que Gladstone, durante su larga vida parlamentaria, representó en la Cámara de los Comunes.

El autor de la estatua, el célebre escultor inglés Hamo Thornycroft, nació en Londres en 9 de marzo de 1850; entre los varios monumentos por él ejecutados, merecen citarse principalmente el del poeta Tomás Gray para el Colegio Pembroke de Cambridge, el busto de Coleridge para la Abadía de Westminster, el monumento nacional del general Gordon, que se admira en el Trafalgar Square de Londres, la estatua en bronce del gran lord protector Cromwell que se alza delante del Palacio del Parlamento, y la estatua colosal del rey Alfredo, de Winchéster.

Mr. Morley, en el momento de descubrir la estatua, pronunció un elocuente discurso en el que enalteció la memoria de Gladstone, «en quien, dijo, se juntaron la magia y la gloria del orador con la pasión y la energía del hombre de acción.» El duque de Devonshire hizo notar que la serie de monumentos erigidos á Gladstone en diferentes ciudades del reino demostraban que el tributo de admiración hacia el «gran anciano» era verdaderamente nacional.



ESTATUA DE GLADSTONE QUE CORONA EL MONUMENTO INAUGURADO EL DÍA 4 DE LOS CORRIENTES EN LONDRES, obra de Hamo Thornycroft

LOS SUCEOS DE RUSIA

Los revolucionarios rusos han triunfado. La incitante propaganda de los intelectuales, secundada últimamente por la revolución que en forma sangrienta estalló en distintos puntos del imperio, ha derribado al fin el ominoso régimen autocrático que hacia de Rusia una excepción en el concierto de las potencias europeas y cuya mayor condenación han sido los desastrosos resultados de la guerra ruso-japonesa, que puso de manifiesto los abusos, los vicios de un sistema que significaba la opresión, el embrutecimiento de los de abajo, y la más desenfrenada corrupción en los de arriba.

Este estado de cosas se ha venido abajo; el manifiesto del tsar de 30 de octubre último es el comienzo de una nueva era para el pueblo ruso. La importancia capital, la trascendencia suma de este documento que abre un nuevo libro en la historia de Rusia, nos mueven á copiar sus principales párrafos, comenzando por reproducir el preámbulo, que no vacilamos en calificar de hermosa expresión de los elevados sentimientos de un soberano hacia sus súbditos y hacia la nación en general.

«Nos, Nicolás II, por la gracia de Dios, emperador y autócrata de todas las Rusias, tsar de Polonia, gran duque de Finlandia, etc.

»Declaramos á todos nuestros fieles súbditos que los disturbios y las agitaciones de nuestra capital y de gran número de otros lugares de nuestro imperio llenan nuestro corazón de grande y penoso dolor. La felicidad del soberano de la Rusia está indisolublemente enlazada con la del pueblo y el dolor del pueblo es el dolor del soberano. De las actuales agitaciones pueden surgir una profunda desorganización nacional y peligros para la integridad y la unidad de nuestro imperio.

»El alto deber que nuestra misión soberana nos impone, nos manda esforzarnos con toda nuestra razón y con todo nuestro poder, para apresurar la cesación de los disturbios tan peligrosos para el Estado. Después de haber ordenado á las autoridades respectivas que adopten las

medidas necesarias para evitar las manifestaciones directas de desorden, los excesos y las violencias y para amparar á las personas pacíficas que aspiran al tranquilo cumplimiento del deber

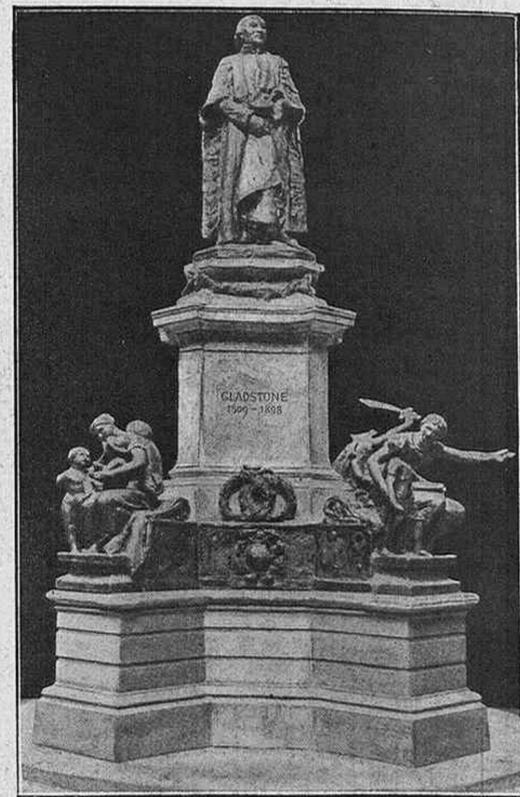
que á cada cual incumbe, hemos estimado indispensable, á fin de llevar á cabo con éxito las medidas generales que tienden á la pacificación de la vía pública, unificar la acción del gobierno superior. Al gobierno imponemos la obligación de cumplir del modo siguiente nuestra inflexible voluntad.»

Sigue luego el manifiesto propiamente dicho, cuyos principales párrafos sientan las bases constitucionales del nuevo régimen de Rusia.

«Es preciso otorgar á la población los fundamentos inquebrantables de la libertad cívica; basada en la inviolabilidad real de las personas y en la libertad de conciencia, de palabra, de reunión y de asociación;

»Sin suspender las elecciones de la Duma de Estado, anteriormente ordenadas, es preciso llamar

para que participen de la misma, en la medida de lo posible y en cuanto lo permite lo perentorio del plazo hasta su convocación, á las clases de la población al presente privadas por completo de derechos



VISTA DE CONJUNTO DEL MONUMENTO A GLADSTONE INAUGURADO EL DÍA 4 DE LOS CORRIENTES EN LONDRES

electorales, dejando luego el desenvolvimiento ulterior del principio del derecho electoral general al orden de cosas legislativo recientemente establecido;

»Es necesario restablecer como regla inquebrantable que ninguna ley pueda tener vigor sin la aprobación de la Duma de Estado, y garantizar á los elegidos del pueblo la posibilidad de una participación real en la vigilancia de la legalidad de los actos de las autoridades por Nos nombradas.»

Varias disposiciones imperiales han completado esta evolución en el modo de ser de la nación rusa: el nombramiento de primer ministro en favor de Witte, cuyas ideas liberales son bien conocidas y que ha formado un ministerio de hombres eminentes con él identificados; la amnistía por los crímenes y delitos políticos cometidos hasta el 30 de octubre, mucho más amplia de lo que aun los más optimistas esperaban; la destitución del procurador general del Santo Sínodo, el Sr. Pobiedonostzeff, á quien se consideraba como el alma del régimen autocrático y que se había atraído los mayores odios; la destitución del general Trepoff del cargo de gobernador militar de San Petersburgo y la restitución á Finlandia de la autonomía que en mal hora se le arrebatara, son otras tantas medidas que confirman por modo patente los buenos propósitos del tsar y señalan las verdaderas tendencias del nuevo gobierno.

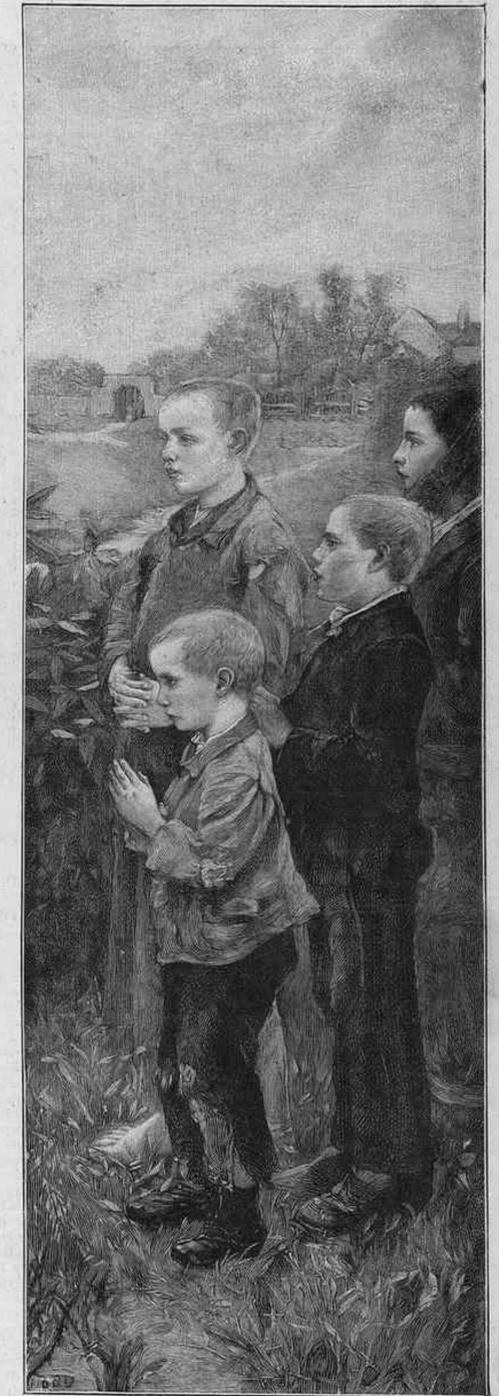
Pero cuando parecía que Rusia había de entrar en un periodo de tranquilidad, elemento tan indispensable para la instauración del nuevo régimen, surgen las matanzas de judíos, los sangrientos disturbios en varias importantes ciudades del imperio, la alarma y el desasosiego en otras, y la insurrección de los marinos de Cronstadt, que pudieran tomarse como síntomas de una contrarrevolución.

Hay además otro punto obscuro en la actual situación de Rusia, el relativo á Polonia. En la entrevista recientemente celebrada por los delegados polacos con M. Witte, pidieron aquellos que se levantase el estado de sitio en Varsovia, que se suprimiesen los consejos de guerra y que se otorgasen á Polonia las prometidas libertades; á lo que el primer ministro respondió que ante todo era preciso que se restableciera allí el orden. Este rigor, que contrasta con el espíritu liberal que informa los actos del nuevo gobierno, se atribuye á manejos de Alemania, temerosa del mal ejemplo que pudiera ser para la Polonia alemana la concesión de la autonomía á la Polonia rusa.

Estos hechos, sin embargo, no tienen, al parecer, gran trascendencia; y es de esperar que poco á poco irá renaciendo la calma y que la nación rusa, al amparo de la constitución, se restablecerá de sus recientes quebrantos y volverá á ser la potencia grande y poderosa de otros mejores tiempos.—R.



SAN PETERSBURGO. DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS. — LA POLICÍA PARLAMENTANDO CON LOS AMOTINADOS EN LA PERSPECTIVA NEWSKY. — LA MULTITUD REVOLUCIONARIA BARRICADA TOMADA POR LAS TROPAS. (De fotografías de Bulla y Pudicheff, comunicadas por la agencia «Photo-Nouvelles.»)



«¡DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA!...» TRÍPTICO DE ALEJANDRO D. GOLTZ, GRABADO POR RICARDO BONG

Entre las oraciones que la Iglesia ha compuesto para que las almas creyentes invoquen á la Santísima Virgen, ninguna tan sencilla y al mismo tiempo tan hermosa, tan sublime como la Salve. Cuantos epítetos cariñosos, cuantas sentidas imploraciones, cuantas esperanzas de consuelo pueden concebir la inteligencia y sentir el corazón del hombre al elevar su pensamiento hacia la Divina Madre, hállanse sintetizados por modo admirable en aquella salutación.

Buscar una expresión gráfica á tanta belleza, á tanto sentimiento, es empresa por demás difícil; y si un artista logra encontrar esta expresión de modo tal que nos haga sentir intensamente aquello tan grande en que se inspirara, bien podremos afirmar de él que ha realizado uno de los más altos fines del arte y adjudicarle el título de maestro.

En este caso se encuentra Alejandro D. Goltz, uno de los más notables pintores decorativos, de género y de historia austriacos: su cuadro, que reproducimos, es de una simplicidad encantadora, de una poesía inefable: esos campesinos, que en plena naturaleza, ataviada con sus primaverales galas, se postran ante la Virgen que se les aparece resplandeciente de luz y con el Niño Jesús en brazos; esos infantiles grupos que en actitud de adoración contemplan á la más amantísima de las madres; esa luz que inunda toda la escena, esa poesía que de toda la obra emana, nos causan una impresión de dulce bienestar que llega hasta lo más hondo de nuestra alma y nos hace asociarnos á las preces de aquellas humildes criaturas y decir como ellas, puesto nuestro pensamiento en la Reina de los Cielos: «¡Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia!»

SS. AA. LA INFANTA D.^a MARIA TERESA
Y EL INFANTE D. FERNANDO DE BAVIERA

Hace pocos días, S. A. la Infanta D.^a Isabel, en nombre de los príncipes de Baviera D. Luis Fernando y D.^a María de la Paz, pidió á SS. MM. la reina D.^a María Cristina y el rey

oficiales de la Guardia Imperial; recepción del cuerpo diplomático; comida íntima en palacio y función de gala en el teatro de la Opera Imperial.
Día 8. - Cacería de etiqueta en Doberitz y banquete de gala en la galería de tapices del palacio de Postdam.
Día 9. - Expedición á Magdeburgo en donde el rey D. Alfonso XIII revista el regimiento n.º 66 del que es coronel ho-

escena con mucho aplauso *Les Remplaçants*, comedia en tres actos de Brioux, y *Le Detour*, comedia en tres actos de Bernstein.
Asociació Wagneriana. - Además de las sesiones musicales dedicadas al estudio y ejecución de *Lohengrin*, D. Lauro Clariana, catedrático de esta Universidad, ha dado una notable conferencia sobre «Harmonías entre la Ciencia y la Música.»



S. M. la reina D.^a MARÍA CRISTINA S. A. el infante D. FERNANDO DE BAVIERA S. A. la infanta D.^a MARÍA TERESA S. M. el rey D. ALFONSO XIII

Fotografía hecha en el palacio real de Madrid poco después de haber sido pedida la mano de S. A. la infanta D.^a MARÍA TERESA para el infante D. FERNANDO DE BAVIERA y de haber sido éste nombrado capitán del regimiento de húsares de Pavía. (Fotografía de Ricardo del Rivero)

D. Alfonso XIII, la mano de la infanta D.^a María Teresa para el hijo de aquéllos, el príncipe D. Fernando. Otorgada la petición, el novio fué agraciado por el rey con el nombramiento de caballero del Toisón de Oro y de capitán del regimiento de caballería de húsares de Pavía y con la concesión del collar de Carlos III.

S. A. la infanta D.^a María Teresa nació en Madrid en 12 de noviembre de 1882, y bajo la dirección de su augusta madre, ha recibido una educación esmeradísima, habiendo cultivado con especial predilección las bellas artes, las ciencias y los idiomas. Su figura distinguida y su semblante de dulce y simpática expresión le conquistan desde luego las simpatías de cuantos á ella se acercan, simpatías que se truecan en admiración y cariño cuando se conocen su afabilísimo trato y la bondad y elevación de sus sentimientos.

S. A. el príncipe bávaro, hoy infante de España, D. Fernando, nació en Madrid en 10 de mayo de 1884, hizo sus primeros estudios en Munich, entró en la Escuela de Guerra, en donde cursó con gran brillantez la carrera de las armas, y terminada ésta fué nombrado teniente de un regimiento de caballería. Es de carácter franco, sencillo y amable.

La boda de los dos regios primos, boda en que sólo ha intervenido el amor y para nada la razón de Estado, se celebrará seguramente á fines de enero de 1906.

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
Á ALEMANIA

(Véanse los grabados de las págs. 745 y 748)

Lo mismo que en Francia y en Inglaterra, S. M. el rey don Alfonso XIII ha sido objeto en Alemania de un recibimiento tan cariñoso como entusiasta; y lo propio que en París y en Londres, se ha conquistado en Berlín desde luego universales simpatías. El emperador Guillermo II le ha dado grandes muestras de su especial afecto, toda la familia real y los personajes de la corte han rivalizado en sus manifestaciones de adhesión y respeto, y el pueblo no ha cesado de saludarle con expresivas aclamaciones.

No tenemos espacio para describir ni siquiera compendiadamente las fiestas que en honor del monarca español se han celebrado durante los siete días que éste ha permanecido en la capital alemana, y de los diversos actos y ceremonias en que ha tomado parte; no podemos hacer sino enumerarlos por orden cronológico.

Día 6. - Banquete de gala en el palacio real.

Día 7. - Jura de banderas en el Arsenal; almuerzo con los

norario; almuerzo en el Casino de los oficiales. Expedición á Hannover; revista del regimiento de hulanos n.º 13 y del de húsares de la Muerte; comida con los oficiales en el casino y función de gala en el teatro.

Día 10. - Cacería en Springberg; regreso á Postdam; banquete y recepción en la Embajada española; baile dado en honor de D. Alfonso XIII por la esposa del príncipe heredero.

Día 11. - Maniobras militares en Postdam; banquete de gala ofrecido por el príncipe heredero en el palacio de Marmol; visitas al cuartel de la Koenigstrasse y á las tumbas del emperador Federico y de la emperatriz Victoria, padres del actual emperador; te en el palacio de la princesa de Salm; banquete de gala en el palacio Nuevo y representación en el mismo de la comedia *Batalla de Damas*, por los artistas de la Comedia Alemana.

Día 12. - Misa en la iglesia católica de Postdam; jura de banderas por los reclutas; almuerzo en el Casino de oficiales; te en palacio y salida de D. Alfonso XIII para Viena.

Esta simple enumeración dará una ligera idea de los agasajos con que ha sido obsequiado el rey de España por el emperador Guillermo II durante su estancia en Berlín, de la que en este número publicamos algunas vistas.

Bellas Artes. - BARCELONA. - *Salón París.* - Han expuesto recientemente en este salón: el Sr. Ros y Güell, cuatro paisajes y marinas impresionistas, muy bien tomados del natural; el Sr. Canals, tres excelentes retratos; el Sr. Balcells, varios acertados estudios de acuarela; el Sr. Casals, algunos lienzos pintados con gran soltura y cuidado; el Sr. Giralt, paisajes y estudios discretamente ejecutados, y el Sr. Aguilar, un busto retrato en mármol delicadamente modelado.

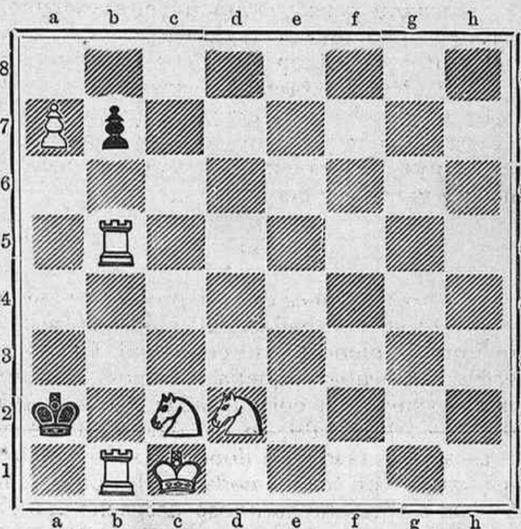
Espectáculos. - BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La malalta fingida*, comedia en tres actos de Goldoni, muy bien traducida al catalán por Luis Puiggarí, y *La jova*, drama en un acto de José Morató; en Romea *El bon policia*, comedia en dos actos y cinco cuadros de Santiago Rusiñol; en el Eldorado *La reina de la Dolores*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Enrique García Alvarez, música de los maestros Valverde (hijo) y Serano; y en Apolo *Nuvols en creu*, drama en un acto de Ramón Surifach Sentfés. En Novedades ha dado dos representaciones la notable actriz francesa Mme. Duprez, habiendo puesto en

BOUQUET FARNESE VIOLET 29.^a des Italiens.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 406, POR O. JEWETZKI.

NEGRAS (2 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 405, POR H. V. GOTTSCHALL.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Th8-g8 | 1. Ce6-f8 |
| 2. e7xf8 (A) | 2. Ra8xb8 |
| 3. Af8xc5 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Ce6-d8; 2. e7xd8 (C), etc.
1..... Otra jug.^a; 2. e7-e8 (D), etc.

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

—Me causaría un gran disgusto dejar esta casa.
—¿Por qué?. Está lejos de todas partes, es triste, está mal distribuída...
—Me gusta tal como es: me agrada su jardín espacioso.
—Encontraremos otro tan bueno y mejor situado.
—No es lo mismo. Ayer lo dijiste tú: aquí fué donde empezamos á querernos... Acuérdate.
Quesnel lo había olvidado.
—Es verdad, replicó con voz conmovida, dejaríamos aquí algo de nosotros mismos. Tienes razón, y por otra parte, no quiero causarte nunca un disgusto, por pequeño que sea; por lo tanto, no hablemos más de ello. Alquilaré tan sólo un piso para establecer en él mi gabinete de consulta.

Pero Quesnel se reservó el propósito de volver otro día á la carga, porque no le convenía vivir en la calle de Bosnieres; le era odiosa la estancia en aquella casa, y dejarla le parecía el único medio de evitar la presencia obsesionante de Leonardo, la mirada de sus ojuelos penetrantes, ojuelos que se fijaban en él inquisitorialmente siempre que lo veían, produciéndole un estremecimiento de terror á lo largo de la espina dorsal... Lo primero que pensó fué pedir que fuera despedido el viejo servidor; pero ¿qué motivo invocar por ello?. Sobre no tener ninguno, temía su venganza, cualquiera revelación que se le pudiera escapar al impulso de la cólera.

No era menor la perplejidad de Leonardo, aunque de distinta naturaleza. La noticia del próximo regreso de Marta y de su esposo le causó secreto espanto. El pensamiento de que iba á vivir bajo el mismotecho que Quesnel, á quien aborrecía, á tener que obedecer á hombre tan despreciable y á estar á sueldo suyo, le exasperaba y le torturaba hasta tal extremo, que por un instante pensó seriamente en marcharse. Después reflexionó: entrar en casa extraña á su edad y con hábitos ya adquiridos... ¿Lo querrían admitir siquiera?.. No: era preferible quedarse al lado de Marta, aprovecharse del secreto que la casualidad le había confiado para que el médico estuviese á voluntad suya, y estar siempre enfrente de él como amenaza viviente y perpetua.

XIV

Tres meses después de su regreso á Champuis, el doctor Quesnel se hallaba instalado en la calle de San Luis, en pleno barrio comercial. Los camiones eléctricos surcaban aquella espaciosa vía formada por casas suntuosas con fachadas llenas de grandes balconajes. Tenía allí, en vez del miserable cuarto de la calle de Geole en donde la señora Marcelina hacía entrar con toscos modales á los pocos clientes que iban á verlo, un suntuoso despacho amueblado con más lujo que elegancia, por donde ahora desfilaron los enfermos ricos bajo la seria mirada de un criado correcto, vestido de frac y con corbata blanca.

El doctor Quesnel se había hecho el médico de moda. Se contaban de él curas maravillosas. Se indicaba su dirección entre amigos: «Vaya usted á consultar con él, amiga mía; ¡es admirable!» Todo Champuis se daba cita en su salón. Fuera de las horas de consulta, iba por la ciudad en un magnífico cupé, visitando con igual solicitud, con el mismo celo infatigable, los hoteles aristocráticos que las miserables guardillas. Era muy elogiada, en los círculos de la población, su abnegación desinteresada. Quesnel era maestro en el arte del reclamo.

Al volver á su casa por la noche, aunque á veces estuviera cansado, mostraba el carácter encantador del hombre feliz, á quien todo le sale bien, que está seguro del éxito y que no teme los azares del siguiente día. Marta lo volvía á encontrar cariñoso y tierno como en los primeros días y se felicitaba de saborear una dicha sin nubes. A no haber sido por la presencia de Leonardo, Quesnel también hubiera saboreado una felicidad perfecta; pero el temor de una revelación, la perpetua amenaza suspendida sobre su cabeza, envenenaba la alegría de su triunfo,



¿Qué le hemos de hacer, querida mía? La vida no es un arrullo perpetuo

tanto más cuanto que la actitud en un principio simplemente fría y reservada del criado se iba modificando. Cada vez se iba poniendo más sombrío; ya no saludaba al doctor cuando lo encontraba, y fijaba en él miradas llenas de odio y de desprecio.

La inquietud de Quesnel aumentó con esto. ¿Qué había podido hacerle á Leonardo que motivase aquel recrudescimiento de hostilidad?

Sus nuevos temores le afectaron hasta tal punto, que Marta se fijó en ello. Sin embargo, atribuyó el mal humor de su esposo al cansancio, á la fatiga, y para aliviarle trabajo éidas y venidas inútiles, pensó proponerle irse á vivir todos á la calle de San Luis, por mucho que á ella le costara dejar su casa de la calle de Bosnieres. Iba á indicarle ya su resolución, cuando observó el aspecto sombrío y el acento hurraño de Leonardo, y pensó que entre éste y su esposo había mediado algún disentiimiento. Comprendiendo lo poco que ambos simpatizaban, decidió aprovechar la primera ocasión para alejar á Leonardo, no vacilando en sacrificar á éste á la tranquilidad de su marido: estaba muy lejos de sospechar que ella misma fuese la causa involuntaria é inconsciente del cambio operado en las maneras del viejo.

En efecto, hacía algunos días que en el espíritu de Leonardo germinaba una sospecha.

Cuando fué al Gran-Roble decidido á enterar á Marta del papel que el médico había representado en «el accidente» del Sr. Mauger, la joven lo desarmó diciéndole que su casamiento era inevitable. Ahora bien; habían transcurrido ocho meses desde entonces, y nada venía á justificar la necesidad invocada por Marta, ninguna señal deformaba su talle esbelto... «Según eso—pensaba Leonardo,—me engañó Marta. ¿Será que conocía el homicidio de su esposo, y que, fingiendo ignorarlo, ha pretextado lo

del casamiento inevitable para obligarme á callar?.. No importa: en cualquier caso, yo he debido hablar y no hacerme neciamente cómplice de las ambiciones de Quesnel.»

Y esto era lo que más le obsesionaba: la idea de que al no revelar su secreto había favorecido los proyectos del doctor.

Mientras había vivido solo con su mujer en la casa de la calle de Bosnieres, Leonardo apenas pensaba en los hechos de que había sido testigo; pero ahora no podía ver á Quesnel sin recordar el pasado. Éste se iba convirtiendo para él en idea fija, en una preocupación que no podía desechar por más esfuerzos que hacía, que cada vez era mayor y que absorbía todas sus facultades. Sentía llegar la locura.

Por la noche, le hacían despertar sobresaltado horribles pesadillas, y sentíase con el cuerpo bañado en sudor y las ideas en completo desorden. Muchas veces soñó en voz alta. Virginia se lo dijo, y este fué un nuevo motivo de temor para él; ¿revelaría su secreto al soñar? Exigió que le pusieran cama en otra habitación, pretextando que no quería interrumpir el sueño de su mujer.

Si por lo menos hubiera podido comparir con alguien el peso abrumador del secreto que le agobiaba, habría experimentado algún alivio, así lo creía él; pero ¿de quién fiarse?

En el entretanto, el doctor Quesnel pensa-

ba más que nunca en la manera de convencer á Marta á que dejase la casa de la calle de Bosnieres, persuadido de que era el único medio de sacudir la presencia de Leonardo y de evitar el escándalo que la actitud de éste hacía cada día más probable; pero, fiel á sus principios, le repugnaba imponer su voluntad y prefería trastear el asunto de modo que su mujer fuese la que le propusiera el cambio de domicilio que él deseaba.

Empezó por salir de tarde algunas veces, para recibir, según decía, á ciertos enfermos cuyas ocupaciones no les permitían ir á verlo por la mañana, y á quienes había señalado hora en su gabinete de consulta. Luego, en diferentes ocasiones, se quedó á dormir en la calle de San Luis pretextando el temor de que fueran á llamarlo para un enfermo cuyo estado le inquietaba, y poco á poco sus ausencias se fueron haciendo más largas y más frecuentes.

En un principio, aquellos subterfugios le disgustaron algo, pero no tardaron en convertirse para él en mera distracción, siquiera contrariaran sus hábitos y costumbres. Empezaron á gustarle aquellas fugas del techo conyugal por cuanto afirmaban su independencia. Gozó íntimo placer en aquellas horas de solitaria libertad, y así como un alivio al desprenderse de la absorbente atmósfera de la calle de Bosnieres y al romper la monotonía un tanto pesada de las largas noches que pasaba en conversación con su mujer. Encerrado en su gabinete, ó trabajaba ó pensaba. Reconstituía en su pensamiento el camino recorrido desde su primera instalación en Champuis al salir de la Escuela de Medicina, cuando, sencillo y lleno de ilusiones, creía que el talento honrado y concienzudo bastaba para abrirse camino en el mundo y prosperar. Al comparar su actual existencia con la vida miserable de antes, sentía una satisfacción

no exenta de orgullo: admiraba el esfuerzo triunfante de su tenaz voluntad libre de escrúpulos. Veía de una manera segura en el porvenir la marcha de su nave hábilmente dirigida por entre los escollos del destino, hasta el puerto luminoso del éxito. Un solo obstáculo serio encontraba en su derrota: Leonardo, y él trabajaba para no tropezar con él, para evitarlo.

Marta sufrió como una necesidad las primeras salidas de su marido; pero su frecuencia, cada vez mayor, la apenó, sin que por ello osara quejarse, previendo la respuesta que obtendría. Después, andando el tiempo, los celos se fueron sumando a su disgusto. Le pareció que los casos graves eran muy numerosos en la clientela de Quesnel. Tuvo inquietudes, dudas, casi sospechas, y tomó una grave resolución: se iría a vivir a la calle de San Luis; dejaría su casa de la calle de Bosnieres. Después de todo, este era un medio de separar a su marido de Leonardo sin recurrir al extremo de despedir a éste.

—Hoy le daré la noticia, se dijo, enteramente resuelta a ello.

El mismo día, antes de que llegara Quesnel, entró Leonardo a verla.

—Quisiera hacerle a usted una petición, señora Marta, dijo aquél sin preámbulos.

—¿Una petición?.. Eso es muy serio.

—Hela aquí: ha terminado ó está para terminar la liquidación de su padre de usted. Queda la administración de las propiedades que a usted pertenecen y he pensado que me conviene verme libre de ese asunto en seguida. Vengo, pues, a pedirle a usted que me deje ir a vivir al Gran-Roble.

A Marta le agradó demasiado la petición para no acceder en seguida, pero hizo algunas objeciones por política.

—¿Es decir que quieres abandonarnos?

—Por interés de usted.

—¿No dirías mejor por misantropía?

—No sé lo que quiere usted decir con eso.

—¿Por odio al mundo, por amor a la soledad?

—Te veo tan sombrío de algún tiempo a esta parte!..

—Tal vez: no me encuentro muy bien: tengo ideas lúgubres, y creo que en el campo...

—Yo no puedo impedir que te vayas a Barville si así lo deseas. ¿Cuándo quieres marcharte?

—Lo más pronto posible.

—Voy a escribirle a mi tía para que te preparen habitación.

—Gracias, Marta: no sabe usted el placer que me causa.

—¿Está Virginia tan contenta como tú de dejar a Champuis?

—Está encantada de ello.

—Entonces, no hay nada que decir, puesto que es a gusto vuestro.

Leonardo se retiró transfigurado: en su pensamiento, el alejarse de allí le descargaba para siempre del peso enorme de aquella idea fija cada vez más atormentadora.

Tan pronto como regresó Quesnel aquella tarde, supo por su mujer la determinación de Leonardo, y fué tal la alegría que sintió, que no fué dueño de ocultarla enteramente. Marta lo notó.

—Preciso era que me quisiera, pensó ella, para haber sufrido tanto tiempo, sin quejarse, la presencia de Leonardo.

Conmovida por la anterior reflexión, anunció a su esposo que se había decidido, por fin, a ir a vivir en la calle de San Luis; pero, con gran admiración suya, notó que a su esposo no le entusiasmó la noticia. La perspectiva de ver desaparecer sus tardes y noches de libertad, no agradaba a éste.

—Muchas gracias, le dijo él; pero, a decir verdad, me cuesta trabajo aceptar ese sacrificio de parte tuya: sería un egoísmo en mí.

—Ese sacrificio será menor que el que me imponen tus frecuentes ausencias.

—Mis frecuentes ausencias, como tú dices, son necesidades profesionales.

—Que me privan del mayor placer del día, de nuestras agradables conversaciones de otro tiempo.

—¿Qué le hemos de hacer, querida mía? La vida no es un arrullo perpetuo.

Aquella frase cayó pesadamente sobre el corazón de Marta. Ésta palideció, y por primera vez se hizo mentalmente la siguiente pregunta: «¿Me quiere realmente?.. ¿Me sigue queriendo?» Y volvieron a surgir en su espíritu las inquietudes y las dudas.

Pero su esposo no salió de casa las tardes subsi-

guientes, y al mostrarse tierno y solícito se desvanecieron las sospechas de la joven.

XV

La señorita Meriel, desterrada en el Gran-Roble, empezaba a considerar impropio que su sobrino no la invitara a ir a vivir con ellos en Champuis. Empezó, pues, a hacer en sus cartas discretas alusiones a lo monótono de su vida, al hastío de su soledad sin otra conversación que la del buen padre Graindorge, y al pesar de verse separada de sus dos hijos. Los argumentos que empleaba eran cada vez más tiernos.



Leonardo

Marta hacía oídos sordos a aquellas lamentaciones, y su tía acabó por hacer una petición categórica: «¿Querían ó no querían que se fuese con ellos a Champuis?»

Impaciente por saber la contestación, acechaba todos los días la llegada del cartero, con la esperanza de que la respuesta fuese favorable y compensara la discreta reserva de que había dado recientes pruebas.

Una mañana, al salir de misa, se encontró con el cartero, el cual le entregó varias cartas y periódicos, todo un correo. La señorita Meriel sufrió una ligera decepción al no reconocer la letra de su sobrina en ninguno de los sobres, pero en cambio leyó en uno de ellos el nombre del doctor Quesnel, trazado por mano de hombre con caracteres regulares y firmes. Recordó haber visto ya aquella letra en sobres de cartas que el doctor leía con misterio y reducía en seguida a pedazos microscópicos.

La curiosa imaginación de la vieja solterona se dió a discurrir sobre la procedencia de aquella carta: sus dedos tantearon el sobre, que luego trató de examinar al trasluz junto a la ventana: recurrió a sus gafas para descifrar el sello del correo y para convencerse de que estaba bien cerrada, y ante la inutilidad de sus investigaciones, se resignó forzosamente y echó la carta en el cesto de la costura con el propósito de devolvérsela al cartero.

Transcurrió una semana sin que nada fuese a calmar la impaciencia de la señorita Meriel, é iba a adoptar ya una resolución heroica, proyectaba ir a ver a Marta para tener con ella una explicación, cuando llegó la tan esperada respuesta. Abrió apresuradamente la carta y la leyó de un tirón... Púsose encarnada, y arrugando la carta entre sus manos con movimiento colérico, la arrojó a la chimenea.

—He aquí mi recompensa, exclamó. ¡Sea usted discreta para que le paguen de este modo!

Su cólera se volvió en seguida contra Quesnel: era indudable que él y únicamente él había redactado la negativa consignada en la carta, y por asociación de ideas pensó en la otra carta recibida hacía algunos días dirigida a su sobrino y a la cual se había olvidado de darle curso. En el primer instante la contrariedad sufrida no hizo más que producirle algún enojo, pero luego se mezcló con éste el resentimiento, y juzgó, no sin alguna puerilidad, que aquella otra carta sería su venganza.

—La guardaré, se dijo. Mi sobrino achacará su pérdida al correo. Tanto mejor si eso le produce algún contratiempo enojoso. Debe de ser la reclama-

ción de algún acreedor que sabe que Quesnel se ha casado con una mujer rica.

Y dejó la carta en el fondo de su cesto de costura. Marta, al recibir el ultimátum de su tía, había dado cuenta de él a su marido; pero éste se había resistido desde que oyó las primeras palabras.

—¡No, nunca! Quiero mucho a tu tía, en la que reconozco muy buenas cualidades; pero no podría vivir mucho tiempo en buena amistad con ella. Profesa, sobre ciertas cosas, opiniones distintas de las mías. Es autoritaria y no sabría adoptar las transigencias necesarias a evitar rozamientos... Ya que no tengo suegra, ¿a qué cargar con una tía política?

Marta no le hizo objeción alguna, atenta, antes de todo, a velar por la paz de su casa, y suavizándola en lo posible, transmitió la respuesta a su tía.

Entre tanto, Leonardo se había instalado en el Gran-Roble: no obstante la poca simpatía que le inspiraba el antiguo criado, la señorita Meriel lo vio llegar sin disgusto. Presentía que, por razones que ella ignoraba, Leonardo era enemigo del doctor, y de otra parte, la presencia de éste y de su mujer rompería en cierto modo la monotonía de su destierro. En vista de ello consintió en recibirlo de vez en cuando en sus habitaciones en compañía del cura de Barville.

Leonardo se las daba ante el cura de hombre despreocupado y se complacía en asustar al sacerdote haciendo alarde de marcado escepticismo. Suscitábanse entre ambos corteses discusiones en las que el cura acumulaba argumentos para convencer a su interlocutor, interpolando en ellos cumplidos que no dejaban de halagar a éste.

—Me admira, Sr. Leonardo, oírle hablar a usted de ese modo. Concibo que los aldeanos, gente sin talento ni instrucción, piensen de esa manera; ¡pero usted!..

Sonrisa de satisfacción dilatada entonces el rostro de Leonardo.

—Por más que diga usted, señor cura, no me convertirá. Predica usted en desierto... Sin embargo, yo no impido que los demás vayan a confesarse.

El cura levantaba los brazos al cielo.

—¡Pues no faltaría más que eso, que privase usted a su prójimo de que aliviara su conciencia!

Y la discusión terminaba de la manera más cordial del mundo con el cambio de un polvo de rapé ó con un apretón de manos.

Los primeros días que siguieron al de su llegada a Barville, los pasó Leonardo bien. Distráido en sus ocupaciones, pensaba menos en su idea fija; pero aquella tregua fué corta. El temor de recaer en ella operó en su cerebro una especie de autosugestión, y su razón vaciló de nuevo, sintiendo ó conociendo que no estaba muy lejos de dar en la locura. Al mismo tiempo creyó, como había creído antes, que sería un gran alivio para él poder confiar en alguien aquel secreto que lo ahogaba... Pero ¿a quién confiarlo? Una voz interior, que él no quiso escuchar por el pronto, le decía que lo confiase al padre Graindorge. ¿No era, en verdad, el cura de Barville un sacerdote digno cuya discreción no admitía duda?.. Pero ¿cómo acogería éste las revelaciones de Leonardo, revelaciones tan graves como extrañas? ¡Quizá lo creyera loco!

Leonardo vaciló mucho tiempo luchando contra el deseo cada vez más imperioso de emanciparse de aquella idea fija; pero poco a poco fueron disminuyendo sus fuerzas, y al cabo dejó de resistir. Una mañana llamó a la puerta de la casa del cura.

—¡Sr. Leonardo!, exclamó éste alegremente al verlo. Me complace mucho verlo a usted por aquí. Voy a hacerle probar un vinillo blanco, para que me dé usted su opinión sobre él.

Y al mismo tiempo conducía a Leonardo hacia el comedor.

—¡Gertrudis! Trae vasos.

Mientras que el ama obedecía sin darse prisa, el cura sacó del armario una botella polvorienta. Luego llenó los vasos con parte de su contenido.

—¡A la salud de usted, señor cura!

Leonardo bebió un buen trago, mientras que el cura apenas se humedeció los labios.

—¿Y bien, qué le parece a usted?

—Que es bueno, contestó el viejo distraídamente.

—Ahora, Sr. Leonardo, hablemos del motivo que lo trae a usted aquí: estoy tan poco acostumbrado a sus visitas, que no puedo creer que haya usted venido sólo para verme.

—Señor cura, dijo Leonardo tras alguna vacilación, quisiera hacerle á usted una confesión.

—¡Confesarse usted!, exclamó el cura asombrado, ¿iba á gritar: «¡Miráculum! ¡Entonad un Hosanna!» pero Leonardo apagó rápidamente su entusiasmo.

—¡No! Yo no vengo para contarle á usted que he dejado de asistir á misa, que he bebido algunas veces de más, ni que cuando he tenido ocasión de ello le he tocado la cara á una muchacha, no, señor cura, no es eso... Quiero confiarle á usted un secreto que guardo, y cuyo peso me oprime el corazón. Es preciso que yo lo revele y que me desembaraze de él, sin lo cual crea usted que, ó me volvería loco, ó me mataría. ¡Ya no puedo más; ya no puedo callar más tiempo!

El sacerdote hizo un movimiento de sorpresa, que reprimió en seguida, y dijo á Leonardo con voz grave:

—Le escucho á usted, hijo mío.

Reinó el silencio: Leonardo vacilaba en hablar. Por fin se decidió, y dijo brutalmente y sin preámbulos:

—El doctor Quesnel mató al Sr. Mauger.

El padre Graindorge hizo un movimiento brusco y miró fijamente á Leonardo.

—Sí, él: yo lo vi, como lo veo á usted, prosiguió diciendo éste.

—La acusación que usted lanza contra el Sr. Quesnel es muy grave. ¿Está usted cierto de no haber sido juguete de una ilusión?

—Escúcheme usted hasta el fin, señor cura... Hacía tiempo que el doctor le hacía el amor á mi ama, y tiempo también que yo sospechaba algo malo, y los vigilaba. Una mañana estuvo en poco que los sorprendiera, y noté que la llave de una puerta de la casa, que daba á una callejuela, había desaparecido. Convencido de que Quesnel se la había llevado por indicación de Marta, me prometí vivir muy alerta... La noche siguiente, á eso de las once, me pareció oír que andaban con precaución por el corredor: bajé á paso de lobo, y llegué á tiempo de ver al doctor Quesnel coger por el cuello al Sr. Mauger, que acababa de abrir la puerta de su cuarto atraído sin duda por el ruido, y rechazar con tal violencia al pobre enfermo á quien sus piernas apenas podían sostener, que lo arrojó con ímpetu sobre el suelo, en donde quedó muerto del golpe instantáneamente. Yo me precipité en socorro del anciano y no me cuidé de perseguir al homicida doctor, que emprendió la fuga.

—¿Qué iba á hacer el Sr. Quesnel aquella noche en casa del Sr. Mauger?

—Era el amante de Marta.

—Está usted engañado, afirmó el cura.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo sé, y basta.

Leonardo se quedó perplejo.

—En ese caso me ha engañado ella, porque ella ha sido la que me lo ha dado á entender.

Y refirió al cura su entrevista con Marta, algún tiempo antes de su casamiento, y las razones que tuvo para no decirle nada.

—Ha comprendido usted mal, hijo mío, dijo el cura cuando Leonardo acabó de hablar, é hizo usted mal en no decirse todo á su señora; pero usted obró con la mejor intención. Ahora, á menos que ocurran circunstancias imprevistas, es preciso que ella siga ignorando la verdad... Váyase usted tranquilo, hijo mío.

El cura colocó sus manos sobre la cabeza del anciano como para restituir la calma á su espíritu.

Leonardo se había levantado: al salir, preguntó con ansiedad:

—¿Me promete usted, padre cura, no revelar nunca lo que le acabo de decir?

—Ya le he dicho á usted que se vaya tranquilo, le contestó el cura con dulce sonrisa.

Y se quedó mirando al viejo, que se fué con el corazón aligerado, feliz y en cierto modo tranquilo por haber podido confiar á alguien su secreto. Luego entró el sacerdote en su habitación, anonadado por el peso de las confidencias que le acababan de hacer, presa del remordimiento al recordar que había sido involuntariamente cómplice del doctor al

Se oyó el ruido de las ruedas de un carruaje sobre la arena de la explanada.

—¿Es ella?, preguntó Leonardo con voz débil.

La señorita Meriel se acercó á la ventana.

—Sí, es Marta.

—Que venga..., que venga en seguida.

Virginia se había puesto en pie y salió, uniéndose en el vestíbulo á la señorita Meriel, que se había adelantado corriendo al encuentro de Quesnel y Marta.

—¡Qué desgracia más grande!

—¿Qué le ha pasado?, preguntó el doctor.

Virginia fué la que contestó á la pregunta.

—Fué esta mañana á inspeccionar la corta de madera, y le cayó un árbol sobre el pecho. ¡Ay, señora mía! ¡Me lo trajeron casi muerto, y desde que está ahí, tendido, no hace más que gemir y preguntar por usted!..

—Vamos á verlo, dijo Marta.

Su corazón se oprimió al ver los alterados rasgos de la descompuesta fisonomía del anciano.

—Vamos, pobre Leonardo, le dijo Marta acercándose á él, ¿qué es eso?

—¡Ah!.. ¡Es usted, Marta!.. Gracias.

—¿Estás herido?

—Sí..., todo ha concluido.

—¡Eso no! ¡Vaya una idea que tienes!, exclamó la joven. Mi marido me acompaña, y él te curará.

En tanto que Marta cambiaba con el cura algunas palabras en voz

baja, Quesnel se acercó á la cama del enfermo. Leonardo, al verlo, hizo un esfuerzo para echarse atrás; pero aquel movimiento le arrancó un grito de dolor, y como el médico siguiera acercándose á la cama, dijo Leonardo:

—¡No; usted no!..

Y asomó á sus labios una espuma sanguinolenta. Su respiración se hizo más ronca; sus ojos vidriosos se agrandaron por efecto del espanto y se fijaron en Quesnel en expresión tan terrible, que éste se quedó como clavado en el suelo y sin poder hacer movimiento alguno.

—¡No..., no quiero!.., repitió el moribundo.

Y se desplomó en la cama en la que se había incorporado ligeramente, quedando en ella aplanado y con las pupilas muy alteradas.

—¡Cielos!, exclamó Virginia llorando. ¡Ha muerto!

—No: es un síncope.

Quesnel se aprovechó del desvanecimiento de Leonardo para reconocerlo: le abrió la camisa, le auscultó el pecho, se fijó en los latidos del corazón, y luego, incorporándose, dijo á media voz para contestar á la mirada interrogadora de Marta:

—Es cosa perdida: se va á producir una hemorragia interna, y la muerte será instantánea.

—¡Pobre esposo mío!, dijo Virginia sollozando, en tanto que el cura preguntaba:

—¿Cuánto puede durar?

—Una hora á lo sumo: no recobrará ya el conocimiento.

—Será preciso extremaunciarlo lo más pronto posible, exclamó la señorita Meriel.

El padre Graindorge hizo con la cabeza un movimiento afirmativo y salió de la estancia.

—Me quedaré aquí hasta que haya muerto, dijo Marta á su esposo.

—El caso es que tengo que irme, le contestó éste consultando su reloj. Mi presencia aquí es inútil, y mis enfermos me esperan.

Y añadió para sí:

—Estoy tranquilo: no hablará.

Al atravesar con rapidez el vestíbulo para tomar nuevamente el coche, la señorita Meriel detuvo al doctor Quesnel.

—Una palabra nada más, querido sobrino.



—La acusación que usted lanza contra el Sr. Quesnel es muy grave

aceptar la misión que le confirió la viuda, y disgustado á la vez por aquel cieno que acababan de dejarle ver en el ya largo camino de su vida honrada y sencilla.

Colgada de la pared, la imagen de Cristo inclinaba hacia él su dolorido semblante. El cura cayó ante él de rodillas, y oró.

XVI

Los dedos de Marta temblaban al romper la faja del telegrama que acababa de entregarle un criado. Al fijarse en él, prorrumpió en una brusca exclamación.

—¡Ah! ¡Dios mío!

El telegrama decía así:

«Leonardo muy grave, quiere verte; ven.»

Tras unos instantes de silencio, le preguntó su esposo:

—¿Piensas ir?

—Sí.

Quesnel pareció reflexionar y luego dijo, como si tomara una gran resolución:

—Te acompañaré: yo soy quien debe asistirlo y no un extraño.

Marta le dió las gracias algo sorprendida, en tanto que el doctor murmuraba para sí:

—Si le diera la ocurrencia de hablar, conviene que esté yo allí para impedirselo.

La fuerte claridad que entraba por la ventana daba de lleno en la amarilla faz de Leonardo, acostado en una gran cama cuyo cortinaje estaba completamente recogido. Ronca respiración de sonoridad metálica se escapaba por entre sus descoloridos y entreabiertos labios: tenía los brazos tendidos sobre el cobertor, que oprimía y arrugaba con sus manos en incesante movimiento. El padre Graindorge, sentado á la cabecera, repasaba las cuentas de su rosario, cuentas que sonaban á intervalos. Virginia sollozaba con la cabeza entre ambas manos, desplomada sobre una silla en un rincón oscuro. La señorita Meriel, dándose importancia, iba de uno á otro lado de la habitación sin objeto preciso y desarreglando los muebles, con el deseo de hacer ver que era allí indispensable.

(Se continuará.)

El jiu-jitsu y la policía de París

El peligro amarillo, que tanto temiera el emperador Guillermo II, va invadiendo poco á poco la vieja Europa. Ya no es el arte japonés; ya no son las lindas chucherías, que constituyen el más preciado

soluto para toda resistencia. Los golpes son variados: desde la simple dislocación de una muñeca, que impide continuar la lucha al que la sufre, hasta la rotura de la columna vertebral, que deja exánime

boxeo, y de ello se ha obtenido recientemente una buena prueba en París en el *match* entre el boxeador francés Dubois y el profesor japonés Re-Nié. El encuentro tuvo lugar en Courbevoise, estando permitidos todos los golpes y no debiendo cesar el combate hasta que uno de los contendientes se declarase vencido. A la voz de mando del director, los dos adversarios se dirigieron rápidamente uno hacia otro, deteniéndose á unos dos metros de distancia; Re-Nié amagó un golpe y Dubois atacó con otro bajo y recto aplicado con el pie. Re-Nié esquivó este golpe, y de pronto, con un movimiento rapidísimo, abalanzóse sobre su adversario cogiéndole por el cuerpo. Dubois quiso desasirse por medio de una sacudida, pero Re-Nié apoyó su mano derecha en el vientre de aquél, comprimió con la izquierda los músculos lumbares y le propinó al mismo tiempo un golpe de rodilla en el muslo derecho. Vaciló el francés y al fin cayó de espaldas pesadamente, arrastrando en su caída á su contrario, á quien intentó coger por el cuello. En aquel momento decisivo, Re-Nié sujetó la mano que le amenazaba, y volviéndose rápidamente, pasó su pierna izquierda sobre el cuello de Dubois, mientras con las dos manos le aherrrojaba el brazo haciendo ademán de desarticularlo. Dubois resistió un momento, pero al fin el dolor pudo más y pidió gracia, declarándose vencido.

La lucha había durado 26 segundos.

Dubois es un verdadero atleta; Re-Nié es indudablemente mucho menos robusto que su adversario.

El prefecto de policía de París, M. Lepine, comprendiendo las ventajas

que el conocimiento del *jiu-jitsu* podría proporcionar á sus agentes para luchar con los malhechores, especialmente con los conocidos con el nombre de *apaches*, que no se recatan de cometer sus atracos en pleno día y en el centro de la capital, ha escogido á seis de ellos y los ha puesto bajo la dirección del citado Re-Nié para que les instruya en el terrible

adorno de los elegantes *boudoirs*, los que se van introduciendo en nuestras costumbres, modificando nuestros gustos y acaso refinando nuestra percepción estética. La invasión reviste unos caracteres más graves, pues ya se trata de algo que contiene una parte de la esencia misma del alma japonesa. Nos referimos al *jiu-jitsu*, forma de lucha peculiar del Japón y que tiene gran superioridad sobre el boxeo.

Hace poco tiempo, raros serían los europeos que conocieran tal nombre y tuvieran alguna idea de lo que era el *jiu-jitsu*; en la actualidad sucede todo lo contrario, pues bien pocos serán los que ignoren en qué consiste este ejercicio genuinamente japonés. En todas las grandes capitales en donde se rinde culto al *sport* en sus formas más variadas, se ha puesto de moda el *jiu-jitsu*, y los profesores no pueden atender, por falta material de tiempo, á las peticiones que les dirigen los muchísimos que desean iniciarse en este para nosotros, los europeos, nuevo deporte.

Mas no se crea que el *jiu-jitsu* sea un ejercicio que en el Japón practica todo el mundo ó poco menos; el número de los que á él se dedican es relativamente escaso y mucho más aún el de los que llegan á dominarlo, á conocer todas sus reglas, todos sus secretos, que no son fáciles ni pocos.

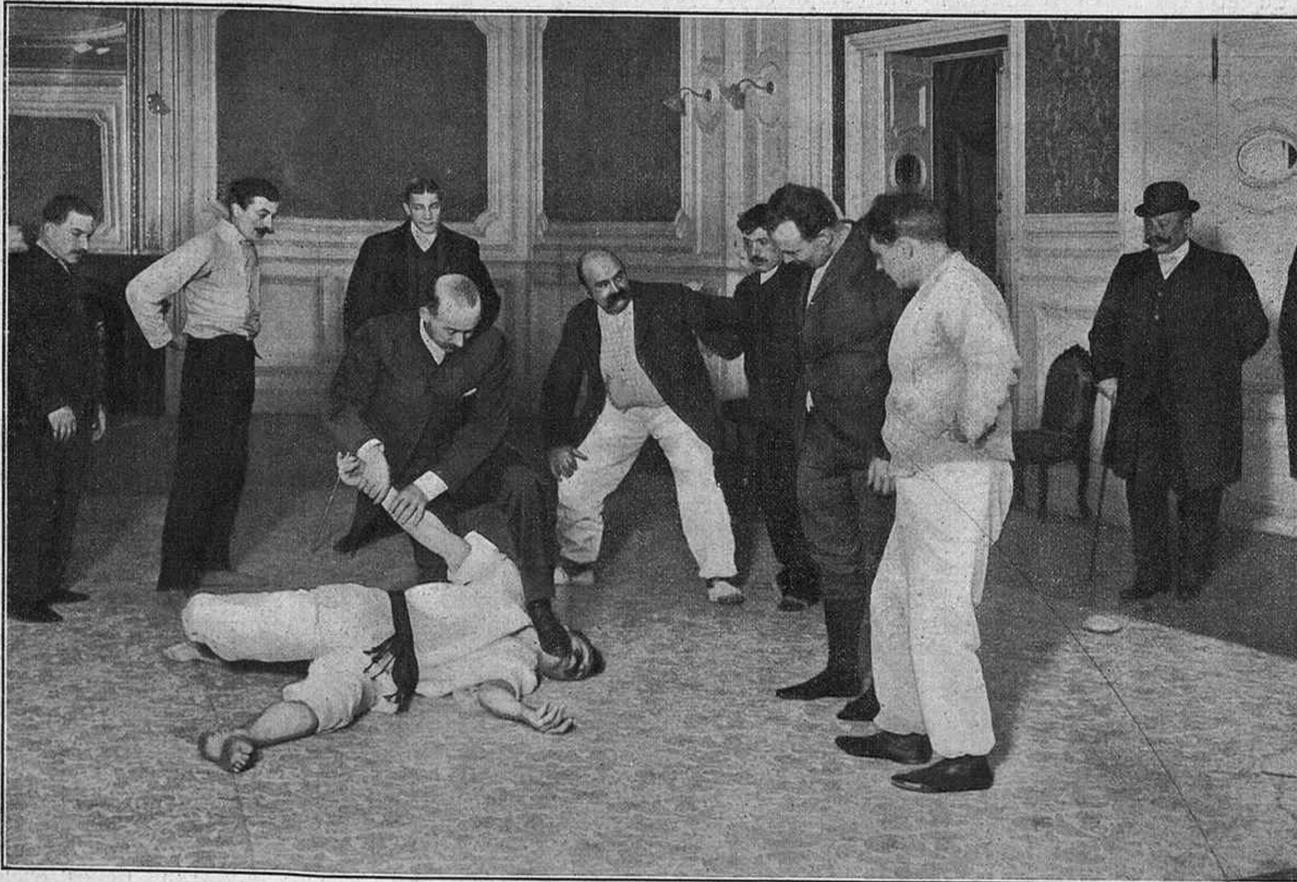
El *jiu-jitsu* no es una lucha de fuerza brutal; los contendientes no recurren, como los boxeadores, á esos puñetazos, á esos puntapiés que desfiguran el rostro del adversario ó le destrozan un miembro, cubriendo su cuerpo de sangre. En el boxeo japonés, la fuerza, sin ser despreciable, es un elemento secundario; la astucia es el elemento principal. Y para practicarle, se requieren conocimientos anatómicos especiales, ya que sus diversos golpes consisten en producir desarticulaciones de huesos, dislaceramientos de músculos, presiones dolorosísimas en ciertos órganos, que pongan á un individuo á merced de otro y le imposibiliten en ab-

á la víctima, la escala es vastísima, y el talento del buen luchador consiste en aplicar cada una de las múltiples suertes á casos determinados, según las circunstancias. Buscar el punto vulnerable del adversario en un momento dado, caer sobre él con agilidad felina, y aplicarle el golpe más apropiado á la situación, procurando inutilizarlo con el menor daño

posible, pero no reparando en apelar al golpe más mortal si la situación lo requiere, he aquí lo esencial de las reglas del *jiu-jitsu*.

Hemos dicho que el *jiu-jitsu* resulta superior al

ejercicio. Las fotografías que en esta página reproducimos representan dos de los más importantes golpes que los agentes ensayan en la persona de su profesor.—S.



EL JIU-JITSU EN PARÍS.— El profesor Re-Nié dando lecciones de jiu-jitsu á varios agentes de policía. Un *udi-shi-gi* (en el suelo) aplicado por un agente á Re-Nié. (De fotografía de M. Rol y C.^a)



EL JIU-JITSU EN PARÍS.— El profesor Re-Nié dando lecciones de jiu-jitsu á varios agentes de policía. Un *udi-shi-gi* (en el suelo) aplicado por un agente á Re-Nié. (De fotografía de A. Rol y C.^a)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DON QUIJOTE EN AMÉRICA, ó sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha, por *Tulio Febres Cordero*. - Un tomo impreso en Mérida (Venezuela), en la tipografía de «El Lápiz.»

ELS MEUS EX-LIBRIS Y SA DESCRIPCIÓN FILOSÓFICA, por *J. Plana y Dorca*. - Carta abierta á José Triadó y Miquel. Folleto impreso en Barcelona, en la imprenta de Fidel Giró. Precio 50 céntimos.

LA FARSA SOCIAL, comedia en cuatro actos y en prosa, y ALMA POR ALMA, comedia en un acto y en verso, por *Práxedes Diego Altuna*. - Forman un tomo impreso en San Sebastián, en la imprenta y encuadernación de Francisco Jorner.

MECÁNICA APLICADA. - Obra escrita por *J. A. Bocquet* para las Escuelas de Artes y Oficios y para los Cursos técnicos de obreros y jefes de taller, vertida al español por el Dr. D. Eduardo Fontseré. Un tomo con numerosos grabados, editado por Gustavo Gili, de Barcelona. Precio, 7 pesetas en rústica y 8 encuadernado.

CONCEPTO REAL DEL ARTE EN LA LITERATURA, por *Ubaldo Romero Quiñones*. - Un tomo de 128 páginas, impreso en Madrid en la tipografía de Ricardo Fé. Véndese al precio de 1'50 peseta cada ejemplar.

PEQUEÑOS ENSAYOS, por *Carlos Rahola*. - Un tomo conteniendo una serie de producciones en prosa, precedidas de un prólogo de *Arturo Vinardell*. - Impreso en Gerona, en la tipografía Rahola. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

EL ARANCEL, LOS TRATADOS Y LA PRODUCCIÓN, por *Guillermo Graell*. - Un tomo, conteniendo un notable estudio acerca de los importantes temas enunciados, impreso en esta ciudad, en la tipografía de la viuda de Domingo Casanovas.

ENCICLOPEDIA PRÁCTICA DE LA FAMILIA, por *R. M. del Campo*. - Colección de recetas de cocina española y francesa. - Un tomo publicado por el editor Manero. Véndese al precio de 0'50 peseta cada ejemplar.

HISTORIA DE AMÉRICA, por *M. Serrano y Sans*. - Un tomo profusamente ilustrado, que forma parte de la serie de Manuales que publica el editor Juan Gili, de Barcelona. Precio 3'50 pesetas cada ejemplar encuadernado.

CATÁLOGO DE LA SECCIÓN DE TAPICES RELIGIOSOS DE PABLO M^a BERTRÁN TINTORÉ. - Album conteniendo las reproducciones de tapices, cuadros y frescos, pintados por este distinguido artista. Impreso en la tipografía de Luis Tasso.



BRUSELAS. - ARCO DE TRIUNFO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN CONMEMORACIÓN DEL 75.º ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE BÉLGICA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{ia})

DICCIONARIO SALVAT. - Se han publicado los cuadernos 21 á 28 de este diccionario enciclopédico popular ilustrado, que alcanzan hasta la palabra *Azacán*.

ANTES Y HOY, por *Samuel A. Lillo*. - Poema leído en la Universidad de Chile en la inauguración de los Cursos de Repetición. Folleto impreso en Santiago de Chile, en la imprenta Cervantes.

BASTIDES Y PEDRUCALL, por *J. Plana y Dorca*. - Un tomo de más de 200 páginas conteniendo una colección de poesías, impreso en la tipografía de Fidel Giró, de esta ciudad. Véndese al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

DISCURSOS DE JACINTO VERDAGUER. - Un tomo de 120 páginas que forma parte de la colección que publica la tipografía de «L'Avenç», con un prólogo de Juan Maragall. Véndese al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

EL CANARIO, por *Antonio Recasens*. - Un tomo con un extenso estudio de esta ave, acerca de su origen, cría, higiene, cruzamientos, etc., publicado por el editor de esta ciudad Francisco Puig. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma **WLINSI**. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.** Calle Richelieu, 102, Paris. - Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

FRANCO 5fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
para ó mezolada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el outis limpio y terso
CANDES et C^{ie} 87 St-Denis, 86

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



PARIS. — LA FIESTA DE LA MUTUALIDAD. BANQUETE MONSTRUO DE 50.000 CUBIERTOS, CELEBRADO EN LA GALERÍA DE MÁQUINAS EN HONOR DE M. LOUBET
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El día 5 de los corrientes celebróse en París la gran fiesta de la Federación Nacional de Sociedades de Socorros Mutuos que comprende 23.000 sociedades y cuatro millones de asociados. Después de una sesión solemne que tuvo lugar en el Trocadero y en la cual el presidente de la República, M. Loubet, «el primer mutualista de Francia,» como á sí mismo se llama, pronunció un hermoso discurso ensalzando los beneficios de la mutualidad, efectuóse en el Palacio de Máquinas el banquete monstruo organizado por el diario parisiense *Le Matin*, y en el que tomaron parte 50.000 personas distribuidas en 1.000 mesas. A las doce y media llegó M. Loubet, siendo recibido á los acordes de la *Marsellesa* y por las aclamaciones de los asistentes, que se repitieron cuando se retiró después de haber saludado á los que formaban la mesa de honor y de haber bebido una copa de champagne.

En seguida comenzó el banquete, á cuyo final se pronunciaron varios elocuentes brindis.

La fotografía que reproducimos da perfecta idea de esta fiesta pantagruélica, la más grandiosa de cuantas hasta el presente se han celebrado.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LEHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flojos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.